

# El azúcar del terror

Relato no recomendado para menores de 14 años.

Cuando llegó, estaban todos alrededor de la mesa. El hombre-conejo le recibió con un gruñido, la mujer-cactus afiló las espinas y el hombre-ogro balbuceó algo incomprensible. La reunión iba a empezar y todos estaban ya preparados. Tomó asiento en la silla presidencial. A él le correspondía liderar a aquel grupo, contra su voluntad, como cada año. Hacía ya varias noches de Halloween que, en su huida del lugar, la anterior lideresa, también conocida como Mujer-Anciana, le había secuestrado mientras pastaba en un prado excepcionalmente exquisito y le había encadenado en el sótano de aquel edificio. Ante las autoridades de la empresa propietaria adujo que él, como Hombre-Cordero, era el más adecuado para alcanzar las más altas cotas de sufrimiento mientras intentaba desesperadamente lograr los objetivos establecidos.

Así pues, pronto todos los presentes tendrían que empezar a trabajar juntos para lograr los susodichos objetivos de producción de la empresa. El año pasado las ventas de esqueletos de gominola habían caído en picado y, para más inri, desde algunas asociaciones se les acusaba de que sus productos incitaban a la obesidad.

Daba vueltas a todo esto, planteando cómo abordar el tema estrella de la noche, la subida del precio del azúcar transilvano, mientras intentaba ignorar el ruido que el Hombre-conejo hacía al comer una zanahoria a todo volumen.

—Señores, sé que tienen las mismas ganas que yo de estar aquí, pero hagámoslo rápido. Hay que buscar una solución si no queremos que la mujer-anciana nos degüelle en la próxima luna llena. ¿Qué proponen?

La mujer-cactus lo miró con asco e instó al hombre-ogro, que estaba a su lado, a que dijera lo que habían preparado pero, como nadie le entendía, fue el hombre-conejo quién, nervioso, tuvo que intervenir:

—Señor presidente, aquí el único problema son usted y sus amiguitos. Si tanto le preocupa el porvenir de la empresa, háganos un favor y lárguese. Si el Fantasma del Caribe no se hubiera ido, esto jamás habría pasado.

Incómodo y con ganas de empuñar su gran palo, el líder tomó aire y decidió incorporarse un momento, mientras pensaba el mejor argumento para contraatacar. De pronto, algo lo dejó paralizado, sin capacidad de movimiento. Era un grito agónico, de muerte segura, procedente de la estancia contigua. Después, ¡clac! La puerta se cerró con la llave rápidamente y se oyó un ruido, como si alguien saltase por una ventana. A continuación, nada, todo quedó en silencio. Ni una voz, ni unos pasos, ni siquiera un coche saliendo del aparcamiento... Nada, absolutamente nada.

Nadie entendía lo que había pasado y, como si tuviese un alfiler clavado en la silla, el hombre-ogro se levantó repentinamente y se dirigió a la habitación contigua. Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, sin éxito.

Ahora ya daban igual el azúcar y el ambiente tenso que se había generado en la reunión. La prioridad era otra. La mujer-cactus trató de introducir una de sus espinas en la cerradura, pero sus esfuerzos fueron en vano. Sin embargo, no

todo estaba perdido, pues el hombre-conejo recordó que, debajo del cajón en el que guardaba las zanahorias, había otro con copias de todas las llaves del edificio, que se habían dejado allí por si hubiese una emergencia.

Sin dudarlo un momento, el líder, que ya se había recuperado un poco de la impresión, cogió la llave de la estancia misteriosa y abrió la puerta. ¡No puede ser! Allí estaba, inerte, sin respiración, fría como un témpano de hielo. Sí, era ella, pero ¿cómo? ¿Por qué ahora? Despues de todo lo que había conseguido, después de haber logrado que la considerasen la mujer-anciana, un día cualquiera, sin previo aviso... Pero no, no era un día cualquiera, era la noche del 31 de octubre de 2025, la última oportunidad para regular el precio del azúcar antes de que ella acabase con el hombre-cordero y su séquito. Por si fuera poco, era la noche más terrorífica del año.

Tras unos segundos de estupefacción por lo sucedido, el líder se dispuso a avisar a la policía para que levantaran el cadáver e investigasen su muerte, pero en cuanto se disponía a coger el teléfono todos los asistentes vieron una sombra que se proyectaba desde la ventana de la estancia en la que se encontraban y que entraba por ella a toda velocidad. Todos salieron corriendo de la sala y volvieron a la habitación contigua, en la que estaban celebrando la reunión segundos antes. El hombre-conejo cerró la puerta con llave, pero fue inútil porque la sombra, alargada y con aspecto siniestro, atravesó la puerta como si de un fantasma se tratase y, una vez dentro, miró a todos los asistentes de manera amenazadora.

En ese momento el líder supo que correría la misma suerte que la mujer-anciana y pensó en quién podría sucederle en su puesto, eso si alguien salía vivo de allí. Maldijo todas las trabas a la regulación del precio del azúcar y las dificultades que había tenido que superar para llegar hasta aquí, aunque ahora nada de eso importara. Lo urgente era salvar a su equipo y, si era posible, salvarse él mismo.

De repente, de esa sombra emergió una risa muy molesta, como el raspado de un tenedor contra un plato. La sombra comenzó a tomar forma y se materializó en un hombre anciano, muy arrugado y con los ojos grandes y rojos. Este era el anciano-gritón, el asesino de la mujer-anciana. Ella debía concederle la jubilación, y por eso él la había matado. Estaba furioso porque quería seguir mandando.

El anciano-gritón observó al hombre-cordero, y su rostro se enfureció aún más. Gritó, pero no se entendía mucho. El cordero notó que la mujer-cactus se mantenía extrañamente quieta y no mostraba temor. ¡Ella estaba conspirando con él! El anciano reclamó la cabeza del líder, asegurando que no había escapatoria. El Hombre supo que, si no actuaba con rapidez, terminaría como un cordero en el matadero.

Pero, ¿cómo acabar con un hombre que en un abrir y cerrar de ojos se podía transformar en una sombra? Entonces lo supo. ¡Un gato, un gato negro! Por todos era sabido que los gatos, especialmente los negros, tenían una habilidad indiscutible para acabar con esas criaturas del mal. La idea era buena; no obstante, tendría que hallar el modo de salir de allí y encontrar un gato negro lo más rápido posible si no quería correr la misma suerte que la mujer-anciana.

No se lo pensó dos veces. Salió corriendo de allí tan rápido como le permitían las piernas, ante las miradas estupefactas del hombre-conejo y el hombre-ogro. Si no recordaba mal, no muy lejos de allí vivía un gato ya un poco entrado en años, conocido por su astucia y agilidad.

Mientras corría hacia la choza del gato, oyó un alarido agudo y furioso detrás de él y, Al girarse, lo vio de nuevo. Era El hombre-gritón, ya convertido otra vez en sombra, que le perseguía por el bosque, intentando abalanzarse sobre él. Ya imaginaba que eso ocurriría, así que las cosas marchaban según lo previsto, pero tenía que darse prisa si no quería que la sombra lo engullese o lo estrangulase, ya que la tenía cada vez más cerca. Tras correr sin descanso durante unos 10 minutos, dividió la choza del gato. Llamó a la puerta sin detenerse. Si bien era cierto que le había ganado algo de ventaja a la sombra, no podría pararse mucho, ya que en cuestión de segundos le estaría encima otra vez.

Volvió a llamar desesperadamente y, esta vez sí, el gato abrió la puerta. Sin darle opción a preguntar, empujó al gato y se metió dentro de su casa.

— disculpe que irrumpa así en su hogar, señor gato, pero necesito ayuda. Es una cuestión de vida o muerte.

El gato, Con una expresión visiblemente enfadada, respondió:

—Ya puede serlo, ya, porque si no...

—Es una larga historia, pero, en resumen, una sombra está intentando matarme. He oido hablar de lo bueno que es ahuyentando y cazando este tipo de criaturas. Por favor, necesito su ayuda.

—Hmmm, entiendo... Como comprenderá, por muy ágil que sea, mi método no es infalible, por lo que, al ayudarle, también pongo mi vida en riesgo.

—Pídame lo que quiera. ¡Lo que sea! Yo se lo daré, pero por favor, ayúdeme.

—Está bien —concluyó el minino tras pensárselo durante unos segundos — pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me ayude a acabar con la maldición que nos persigue cada 31 de octubre y por la que tantos gatos negros como yo terminan muertos.

—¡Sin problema! —Exclamó aliviado el hombre-cordero. Lo que el minino no sabía era que, la susodicha maldición que afectaba a los gatos negros, era una vía de negocio establecida por la mujer-anciana a inicios del primer trimestre.

Entonces, el anciano-gritón apareció en la sala, en su forma física. Miró fijamente al gato y alzó las manos al cielo. De sus dedos empezaron a surgir rayos de luz, rojos y morados, que se fueron juntando hasta dar lugar a un ave.

Era solo una silueta, con la forma de un águila, hecha con los rayos de colores que habían surgido de las manos del jefe.

—Aquí tenéis al gran dios Sugar-Ilusión, el mayor representante de nuestra organización!.

El gato chilló , asustado, gritando que no tenía competencias desarrolladas para hacer frente a ese tipo de efluvios fantasmagóricos de origen corporativo.

—¡Espera, gato! —gritó el hombre-cordero— ¿Vas a dejar que una simple sombra gritona te venza por hacer una llamada ultra dimensional con el Zoom de la empresa?

El gato lo miró a los ojos, el hombre-cordero le sostuvo la mirada. Hubo un maullido, luego un pequeño balido y, sonriendo, el gato dijo:

—Por supuesto, ¿Qué te has creído que es esto? ¿Una ONG? ¡Espabila, cenustrío!—el gato se escondió bajo la mesa, riéndose— ¡Que zote es este chico, por favor!

Sabiéndose solo, pero incapaz de rendirse ante la mujer-cactus y el anciano-gritón, el hombre-cordero se volvió, balando con furia:

—¡Sugar-Ilusión! —exclamó—¿Por qué estás aquí?

—¿Acaso importa por qué estoy yo aquí? —respondió el águila, volando sobre ellos— Lo importante es el proyecto en común tan ilusionante que tenemos. ¡Somos únicos en el mundo! ¿Os he contado la vez que fui a mi casa en el pueblo y, nada más verme, la vecina Emilia, que llevaba cuarenta años comiendo de nuestro azúcar transilvano, me dijo que, por gente como nosotros, que luchaba por la magnificencia de lo oscuro, daba gusto tener caries.

—¡Mi señor! —alzó la voz el anciano-gritón— ¡Este hombre ha de ser destruido!

—¡Mentira! —respondió el hombre-cordero— Mi señor, este hombre, compinchado con la mujer-cactus, ha matado a nuestra lideresa, la Mujer-Anciana!

—Comprendo —respondió el águila— Veo que lucháis firmemente por nuestra empresa. ¡Ese es el espíritu! Gente como vosotros lleva desde el pasado milenio dando pie a que esta corporación sea la tercera exportadora de azúcar transilvano en los Cárpatos!

—Pero, señor, ¡Hay que tomar medidas disciplinarias mortales! —gritó el anciano-gritón.

—¡Sin duda! ¡De ahora en adelante seremos incluso más disciplinados!. Nuestra gente es eso, señores, dar la cara y luchar por sus derechos, por lo que les pertenece. ¡Eso siempre!

—Pero, Sugar-Ilusión, ¡el hombre-gritón está intentando dar un golpe de estado!

—¿Exacto! Un golpe sobre la mesa es lo que dimos nosotros cuando, mientras todas las empresas del sector callaban, nos plantamos ante la sede episcopal central y dijimos ¡Basta a la tasa impositiva sobre los dulces bizarros!

—Este tipo me tiene harto —susurró el anciano-gritón.

—¡No te oigo Gritónín, querido, ¿Qué andas contando? —replicó el Sugar-Ilusión.

—¡Nada! ¡Creo que se está cortando!

—¡Pues yo te oigo bien, igual es...

El águila no terminó la frase, antes de disolverse en el aire.

—Hay cosas que es mejor solucionar en la instancia que les corresponde, joven.

—Comprendo. —respondió el hombre-cordero, dispuesto a aprovechar su nueva oportunidad— ¡Gato Negro! ¡Al ataque!

El minino se lanzó sobre la sombra, eximiendo la cláusula 841A de la normativa de los trabajadores, según la cual la jubilación era forzada después de 193 años de trabajo ininterrumpido. El hombre-gritón chilló, asustado, y escapó corriendo. Pero, en la puerta, estaba la mujer-cactus, interrumpiéndole el paso.

—Nunca olvides, viejo, que hay que saber cerrar etapas.

Entonces, se abalanzó sobre él y le clavó una espina en el corazón, hasta salirle por la espalda.

—Un movimiento inteligente, mi joven diablesa, pero no olvides que vendí mi corazón cuando ascendí a director del departamento de gominolas instantáneas.

Entonces, sacando un cuchillo oscuro de entre los pliegues de las sombras que eran su capa, le atravesó el cuello a su compinche.

—Nunca olvides que uno no llega hasta donde he llegado yo sin resultar repetitivo.

La mujer-cactus se desplomó sobre el suelo muerta, mientras la sombra oscura que fue el anciano-gritón se disolvía en la jubilación.

El hombre-cordero descorchó algo de sidra dulce, que el gato Negro fabricaba en su propia casa, con sus amigos de la sección veterana felina.

—Al final, mi buen amigo michón, lo importante es llegar el último a la meta — reflexionó el hombre-cordero, muy pagado de sí mismo—. Conste que, desde el minuto uno, sabía que el Sugar\_Ilusión no le haría el juego sucio al viejo.

—Claro, claro —respondió el gato—. Pero, oye, una pregunta, ¿Cómo sabes que has llegado a la meta? Quiero decir, esto es una cabaña en el bosque, amigo. El edificio donde se cuecen todas las habichuelas está en otro lado.

El hombre-cordero quedó con el vaso de sidra congelado en la boca. Se levantó de repente, miró al minino con terror y empezó a correr como alma que lleva al diablo. Había dejado un vacío de poder, y esa clase de agujeros no son como los de los topos, estos siempre se rellenan .

—¡Ja! ¡ja ¡jo! —exclamó el hombre-conejo, cuando lo vio llegar— ¿Qué tal te va, exjefe?

El hombre-ogro masculló algo ininteligible, que parecía ser una burla.

—Te has entretenido mucho, chico. Pero mientras estabais por ahí, haciendo no se sabe qué, el hombre-ogro y yo hemos llegado a un acuerdo —El hombre-ogro intentó verbalizar algo, pero solo emitió un meg o un chel, según perspectivas—. Hemos acordado que yo seré el nuevo jefe supremo, en ausencia de la mujer-anciana y el anciano-gritón. A cambio, el hombre-ogro tendrá el gran privilegio de ser el que apaga las luces al salir.

—Ajum, YMUN, CHUCHUG— se jactanció el hombre-ogro.

Entonces, una sombra blanca, cargada de buen rollo, apareció a espaldas del hombre-conejo.

—No, hombre no, colega —le dijo el anciano-gritón-Buenrollero—. Estas cosas hay que hacerlas bien, tú.

—Hombre, jefe, es que era mi momento y...

—Lo sé, lo sé, no te ralles—el anciano-gritón-Buenrollero chasqueó la lengua—. Pero las cosas hay que hacerlas bien.

—¿Entonces que hago, ¿Renuncio?

—¡Que va! ¡Eso va contra el espíritu de la empresa, colega! Na, pide disculpas y tira para adelante.

El hombre-conejo, sonriendo, dio un abrazo a la sombra blanca, mientras el Fantasma del Caribe les aplaudía emocionado desde la puerta de la oficina.

—Señores, este es el espíritu de Halloween, sin duda. Traición, absurdo, terror y azúcar —comentó el fantasma, mientras se miraba en el espejo—